

LAS VEREDAS INVISIBLES*

Fecha de recepción: 12 de abril de 2013
Fecha de aprobación: 23 de mayo de 2013

El trabajo de grado “Las veredas invisibles” surgió como lo consideraría Jorge Luis Borges en el prólogo de *La rosa profunda*: “al divisar una forma, una suerte de isla remota, que será después un relato o una poesía”. De una manera inconsciente, opté por la segunda, procurando descifrar la coincidencia de un verso con un pasado repleto de zanjas y de vacas, de calles desvanecidas por el tiempo y el nombre de una mujer que no sintió el poema y otra que sí lo hizo, por las ruanas de los abuelos que me enseñaron a mirar el frío y por la memoria que a veces me recuerda siendo feliz, atrapando renacuajos perdidos en las raíces de los alisos y los arrayanes. Esto es sólo una utopía, porque qué poema no lo es.

Cada una de las diez partes del trabajo: *De laberintos e inmortales*, *El otro tiempo*, *El sueño y la vigilia*, *Biblioteca de pueblo*, *La ceguera y la noche*, *La memoria olvidada*, *De tigres y tigreros*, *Los cuchilleros*, *El amor bajo el río* y *El destierro del espejo*, se rigen a partir de una mirada introspectiva de diez de los temas más relevantes en la literatura de Jorge Luis Borges, en su orden: el laberinto, el tiempo, el sueño, la biblioteca, la memoria, la ceguera, el tigre, los cuchilleros, el amor y el espejo.

* Poemas, producto final del trabajo de grado “*Creación poética a partir de la literatura de Jorge Luis Borges*” para obtener el título de Licenciado en Idiomas Modernos. De los que el primero hace parte de la sección *La biblioteca de pueblo*, el segundo *La ceguera y la noche*, los dos siguientes de la sección *De tigres y tigreros* y el último de *El destierro del espejo*.

**Néstor Alexander Espejo
Ibáñez**

Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia
wiseforfreedom@gmail.com

Estudiante de Idiomas Modernos de la
Universidad Pedagógica y Tecnológica de
Colombia.

Encaminar la creación a partir de las inquietudes de alguien más resultaría un absurdo, un esquema casi teórico, de no haber sido por la intimidad con que Borges removió mis fantasmas, al punto de sentir que ya había vivido sus cuentos y sus poemas; sentir, como en *El amenazado*, que “me duele una mujer en todo el cuerpo” o perderme en el laberinto interminable de YuTsun en *El jardín de senderos que se bifurcan*, o sentir que el Cristo en la cruz de *Los conjurados* y la divinidad en la hipótesis cristológica de Nils Runeberg en las *Tres versiones de Judas*, podían ser la imposibilidad propia de encajar o aceptar una religión o una tradición que me expulsa a las orillas de lo escéptico, o lo que me ocurrió una vez en medio del campo, al estar pensando en un verso cualquiera y descifrar que el camino es una cicatriz en la cabeza y tiempo después, darme cuenta de que William Faulkner lo había escrito de una manera más admirable en *Santuario* hacía 82 años; esto a la luz de la negación del tiempo y el panteísmo en *Nueva refutación del tiempo*.

El poema no necesita entenderse ni necesita explicación, sólo se siente entre los pies, abriendo, como *El arado*, en silencio, las grietas de la tierra en algún lugar, por lo general impreciso, porque como el río y el hombre de Heráclito no puede ser el mismo. Esa *Otra esquina*, donde la ceguera no

se siente y nos traspasa como los días fríos sobre los niños que se quejan de hambre en las plazuelas con su imperceptible olor a muerte y a zapatos rotos. Se siente como aquel *Nietzsche* que vio morir a Dios antes de terminar de describir la nada o ese poeta que se pierde entre la gente y se reconoce más por el camino que lleva el mundo, menos que a donde pueden llegar sus pies, esa *Nota para un poeta* que nos recuerda que somos el verso perdido en una enciclopedia infinita que Borges definió como el universo. Tal vez esa entraña que se abre por las cañadas para formar las *Espumas* del primer poema o esa forma que podemos ser nosotros mismos, cada mañana cuando recordamos el sueño frente al espejo, alejándonos del tiempo en que pudimos escribir el verso.

El arado

La lengua es un arado viejo.
Un hierro negro
enterrando la voz
en los espacios de la tierra.
El silencio se aprieta
en los cascos de los bueyes
y un puñado de raíces
se llena de lamentos.

La otra esquina

*Tal vez sigo existiendo en una calle que el aire hace
Llorar
Pablo Neruda*

Toca son dos palabras y un solo río.
Una calle solitaria que se mete
en las casas y no sale.
Por las esquinas, el tierno color
de una cicatriz la traspasa y arde.
En hileras, buscando el mediodía,
los hijos de las lavanderas se ven salir
meciendo las caderas bajo los puentes.
Nadie los conoce.
Algunos hieren a pedradas el barro
Y recogen palomas para esparcir el fuego.
Se miran en el río y se ven pasar distintos, mudos.
Pienso en Heráclito y su ficción.
Sería justo reescribir este poema sin la palabra río.

Nietzsche

Este poema
Depende de un milagro
y Dios ha muerto.

Nota para un poeta

Miro una hoja
Y pienso en un verso
Que me devuelva a la tierra
Y se sacuda de viento
Al recorrer mis piernas curvas.
Una palabra que se amontone
Como una isla sobre un río de pájaros
Muertos y casas sin ventanas.
Tal vez un milagro con lengua
De zapato que me ayude
A recordar quién fui.

Espumas

*Y creó Dios al hombre a su imagen,
A imagen de Dios lo creó.
Génesis 1. 27.*

Río abajo, como el poeta,
Dios improvisa las aguas
y mira su rostro movido
por los charcos de piedras
y renacuajos interminables.
Los árboles cercan las orillas
De bruscos silencios y pastos
Que se estiran en lo profundo.
La corriente se entibia para formar
las espumas del primer poema.